

LA HUMILDAD

Definición de humildad:

La humildad es la virtud que modera el deseo desordenado de la propia excelencia, dándonos un conocimiento verdadero de nosotros mismos.

Deseo desordenado de la propia excelencia: desear intensamente ser alabado, ser felicitado, ser admirado, es un signo de que no somos del todo humildes.

Dándonos un : Por la humildad el hombre conoce su propias cualidades. Ser humilde no es decir, o pensar, “soy un desastre”, “no valgo para nada”. Esto no es ser humilde ... Es ser un necio. Ser humilde es tener un conocimiento verdadero de nosotros mismos, reconocer nuestras cualidades y a la vez también reconocer nuestra condición de criatura limitada, y de pecador lleno de culpas.

Esta virtud no permite, pues, ni falsos encogimientos ni engañosas pretensiones. El que se tiene a sí mismo en *menos* o en *más* de lo que realmente es y puede, no es perfectamente humilde, pues no tiene verdadero conocimiento de sí mismo.

La humildad nos guarda en la verdad = nos libra de muchos males.

La humildad nos libra de la vanidad ante los otros y de la *soberbia* ante nosotros mismos. Esta actitud de vanidad y orgullo, tan mala como falsa, es congénita al hombre carnal.

Hace notar San Agustín que si el orgullo es *el primer* pecado que aleja de Dios al hombre, él es también *el último* en ser totalmente vencido.

La humildad nos hace *salir* de los engaños del mundo, un mundo enfermo de vanidad y de soberbia, lleno de apariencias y vacío de realidades verdaderas.

La humildad nos libra del influjo del Maligno, que es el Padre de las Mentiras mundanas, y que tienta siempre al hombre a la autonomía soberbia -«seréis como Dios» (Gén 3,5)-, y a la desobediencia orgullosa ante el Señor -«no te serviré» (Jer 2,20)-.

Características del humilde:

El humilde conoce que todos sus bienes y cualidades vienen de Dios. *De hecho los más santos, es decir, los más perfectos, son los más humildes.* Ellos son los que mejor comprenden y sienten que toda su propia bondad es puro don de Dios, y que tal bondad apenas es nada en la presencia gloriosa de la Bondad divina.

Es la humildad de la Virgen María en el *Magnificat*, y la humildad de Jesús, que todos sus bienes los atribuye al Padre, de quien recibe todo

El humilde vive ante los hombres lo que decía San Pablo: «considerad siempre superiores a los demás» (Flp 2,3).

San Martín de Porres, cuando su convento dominico de Lima pasó por un grave apuro económico, se presentó al prior, y le sugirió que le vendiera como esclavo. En otra ocasión, cuando un fraile enojado le llamó «perro mulato», contestó que tal nombre le cuadraba perfectamente, pues él era un pecador, y su madre era negra. Eso es humildad.

La humildad es virtud fundamental (está en el fundamento)

La humildad es el fundamento de todas las virtudes por varias razones:

1. *Porque toda perfección es gracia de Dios, y no da el Señor sus dones al hombre en tanto éste se enorgullece de ellos y los recibe como si procedieran de sí mismo. Por eso el edificio entero de la vida espiritual se cimenta en la humildad y, como dice Santa Teresa, «si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien no querrá el Señor subirle muy alto, para que no dé todo en el suelo» (7 Moradas 4,9).*

2. En este sentido, «la humildad, en cuanto *quita los obstáculos* para la virtud, ocupa el primer puesto [entre las virtudes] y hace al hombre someterse al influjo de la gracia divina. Y desde este punto de vista, la humildad tiene razón de *fundamento del edificio espiritual*» (STh II-II, 161,6).

2. *Porque Dios siempre «santifica en la verdad» (Jn 17,17), y ésta falta donde no hay humildad. Santa Teresa era muy sensible a esta veracidad de la humildad: «Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y me puso delante -a mi parecer sin considerarlo, sino de pronto- esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad; que es verdad muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira» (6 Moradas 10,8).*

Jesús modelo de humildad

1. *Jesús es («anaw»), pobre y humilde. De una familia modesta, nace en un lugar para animales, sufre exilio en Egipto, vive largos años en un pueblecito ignorado de la montaña galilea, no adquiere títulos académicos, elige como compañeros a gente sencilla, entra en Jerusalén sobre un jumento, muere desnudo y difamado en una cruz, y es enterrado en un sepulcro prestado.*

Pero aparte y además de estas circunstancias exteriores, interiormente Jesús es «sencillo y humilde de corazón» (Mt 11,29). “Siendo rico, se hizo pobre, para enriquecernos en su pobreza” (2 Cor 8,9). “Siendo divino, se hizo humano, y aceptó la humillación de la muerte, y muerte de cruz” (Flp 2,6-11). Las bienaventuranzas nos hablan del perfil interior de Jesús: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”

2. *Jesús ha sido enviado «para evangelizar a los pobres* (Lc 4,18), y él mismo ve en ello un signo de su condición mesiánica (7,22; Mt 11,5). De hecho, Jesús será acogido sobre todo por la gente sencilla y humilde, en tanto que los sabios y poderosos le rechazarán y le llevarán a la muerte (Lc 10,21; Jn 7,48-49; 1 Cor 1,26-28).

San Agustín: *Cristo es la fuente de la humildad.* El es para los hombres «Magister humilitatis verbo et exemplo» (38,415). Lo es por su encarnación, «porque siendo Dios, se hizo hombre» (37,1203), y lo es por su pasión en el calvario, pues «fue crucificado por ti, para enseñarte la humildad» (35,1391). La humildad será, pues, en adelante para los cristianos *el fundamento* de todo el edificio de la vida espiritual (38,441. 671).

La humildad muestra al hombre su necesidad de Dios. Es precisamente por la humildad por la que el hombre se abre a la gracia de Dios, y reconoce que «es El quien justifica» (38,756).

Por la humildad conoce el hombre su propia verdad, conoce y reconoce que es un hombre, que es criatura, que está enfermo y débil, que es un pecador. La soberbia en cambio produce una *falsificación* total del hombre, el cual, renegando de su propia condición de criatura, quiere hacerse, al menos en la acción, «su propio principio» (*Ciudad de Dios* XIV,13,1). Según esto, la soberbia es «un perverso amor de sí mismo», ((y hace del hombre un simulacro de Dios, «una perversa semejanza de Dios»))

En fin, *el misterio pascual de Cristo es la clave de la humildad cristiana.* Si la gloria del Resucitado tuvo su principio en la humillación de la cruz (37,1454), también el hombre llamado a participar de la grandeza divina tendrá que «aprender primero la humildad de Dios», participando de la cruz de Cristo (38,671).

((El Evangelio nos ilumina el orden visible del mundo presente está completamente trastocado. Por eso Cristo, el Verificador universal, hará finalmente que los últimos sean los primeros, y los primeros los últimos. Entonces Lázaro, el pobre despreciado, será exaltado, y el rico que ahora es ensalzado y halagado por todos, será humillado. Sabiendo esto, los discípulos de Jesús, en principio, tendemos a sentarnos en el último lugar del banquete del mundo. Y cuando estamos de hecho ignorados, menospreciados y proscritos, reconocemos que en este mundo, totalmente falseado, estamos donde nos corresponde, y damos gracias a Dios por haber sido felizmente reclusos en el sitio de Jesús (Lc 13,30; 14,10; 16,19-31).))

San Pablo pregunta al soberbio: «¿qué tienes tú que no lo hayas recibido? Y si lo recibiste ¿de qué te glorias, como si no lo hubieras recibido?» (1 Cor 4,7). De sí mismo confiesa: «por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Cor 15,10); «yo he servido al Señor con toda humildad» (Hch 20,19).

Y los apóstoles, partiendo de esta profunda humildad personal, que no es sino experiencia de la gracia divina, no se cansan de exhortar la humildad a los fieles: «Humillaos ante el Señor y El os ensalzará» (Sant 4,10), «humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que a su tiempo os ensalce. Echad sobre El todos vuestros cuidados, pues El tiene providencia de vosotros» (1 Pe 5,6-7).

La humildad es en **la enseñanza apostólica una** modalidad de la caridad fraterna, que ha de vivirse como una participación en el abatimiento (*kenosis*) del Verbo encarnado.

«Tened todos el mismo pensar, la misma caridad, el mismo ánimo, el mismo sentir. No hagáis nada por espíritu de competencia, nada por vanagloria, antes llevados por la humildad, teneos unos a otros por superiores, no buscando cada uno su propio interés, sino el de los otros. Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús», que se humilló hasta la muerte para el bien de todos (Flp 2,-8; +1 Pe 2,21; 3,8; 5,5).

«Revestíos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad, soportándoos y perdonándoos mutuamente, siempre que alguno diere a otro motivo de queja. Como el Señor os perdonó, así también perdonaos vosotros» (Col 3,12-13).

Humildad y caridad, paciencia y perdón, forman una misma actitud para los que viven en Cristo: «Vivid con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros con caridad, solícitos de conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz» (Ef 4,2; +Gál 6,1-2).

San Juan de la Cruz

Por los apegos desordenados el hombre se arraiga en sí mismo, en lugar de fundamentarse en Dios. Y en este sentido puede decirse que *la perfecta humildad está en el total despojamiento de los apegos desordenados* que la persona pueda tener a ideas o costumbres, a sensaciones o sentimientos, a modos y maneras, a personas o cosas. Precisamente «en esta desnudez halla el alma espiritual su quietud y descanso, porque, no codiciando nada, nada le fatiga hacia arriba y nada le oprime hacia abajo, porque está en el centro de su humildad; porque cuando algo codicia, en eso mismo se fatiga» (1 Subida 1,313). Lo que codiciamos nos fatiga...

«Humilde es el que se esconde en su propia nada, y se sabe dejar a Dios» (Avisos 4,172).

Por otra parte, si son humildes, no se atreverán a pecar; pero si la fragilidad humana les hace caer, no por eso rabian o se angustian o se desaniman.

Ni siquiera los dones especiales que de Dios puedan recibir les enorgullecen: saben bien que «todas las visiones y revelaciones y sentimientos del cielo y cuanto más ellos quisieren pensar, no valen tanto como *el menor acto de humildad*.

(la total humildad: el conocimiento de sí y de su miseria... Pero es ahora cuando llega a la humildad perfecta «del conocimiento propio, no se teniendo ya en nada ni teniendo satisfacción ninguna de sí, porque ve que de suyo no hace ni puede nada. (Y esta poca satisfacción de sí y desconsuelo que tiene de que no sirve a Dios tiene y estima Dios en más que todas las obras y gustos primeros que tenía el alma y hacía, por más que ellos fuesen, por cuanto en ellos se ocasionaba para muchas imperfecciones e ignorancias» (1 Noche 12,2).))

El humilde	El soberbio
Sabe que su mente es vulnerable al error, y que únicamente en la Iglesia, haciéndose discípulo de Cristo, puede llegar a encontrar la verdad	Están muy seguros de sí mismos, son autosuficientes, se creen que lo saben todo ...
Como un niño va tranquila de la mano del Padre, aunque no sepa ni a donde va, ni por donde va. Se deja guiar por el Padre.	No sabe obedecer al Señor, se fia más de los pensamientos, juicios y caminos humanos que de los juicios y normas divinas.
El humilde ama la ley, pues le indica aquello que el ES quiere obrar en él, librándole así de perezas y engaños	El soberbio en cambio aborrece la ley, y aunque su vida personal vaya torcida no quiere admitir regla alguna para su vida. Seguro de sus juicios rechaza sujetar su acción a cualquier norma.
Se deja enseñar por Dios a través del magisterio. No juzga la doctrina, por ejemplo del matrimonio, sino que trata de vivirla con la ayuda de la gracia de Dios. Sabe que la sabiduría humana se desvanece ante la sabiduría de Dios	Los soberbios no admiten nada que venga de fuera de ellos. Están recluidos en su aparente lógica.
Es consciente de sus miserias y las pone ante la misericordia divinas en sus oraciones de petición ..	El soberbio, cerrado en su autosuficiencia, pretende las cosas sin la ayuda de Dios, y sólo como último recurso acude a la oración de petición. Viviéndola entonces con un sentido de exigencia. Tratando de mandar sobre la voluntad divina.
El humilde “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo tolera” y sabe suspender su juicio.	El soberbio ignora la viga en el ojo propio y ve la paja en el del otro. Tiende a excusar sus culpas, para las cuales halla mil atenuantes, y juzga con dureza a los demás.
Tiende a ensalzar los méritos ajenos, y a ocultar los suyos propios.	El soberbio se duele del bien ajeno., oculta sus propias faltas cuidadosamente, y se cuida de amplificar y difundir sus méritos reales o supuestos.

Humilde	Soberbio
El humilde, como anda en verdad, no va enganchado, encogido en menos de lo que es, ni va agrandado con un esfuerzo continuo, fingiendo una altura mayor que la suya, sino que camina en la verdad de sus ser, en paz y descansado.	El soberbio anda agrandado, siguiendo a veces un camino vocacional que no es el suyo, no conoce sino la inquietud y el cansancio, por tener que aparentar eso que no es ...
El humilde no apoya su vida en sí mismo, sino en el amor de Dios providente, y vive confiado, como un niño que se confía a sus padres.	El soberbio apoyado en sus propias fuerzas o en las criaturas con las que espera contar, esta siempre lleno de temores, inquietudes, ansiedades.
Los humildes, como cuentan con Dios, se atreven a grandes cosas, tanto en lo personal como en otras actividades exteriores. Teniendo una idea verdadera de sí mismos, quedan libres de muchísimas autolimitaciones: “yo no valgo para nada” “yo no puedo prescindir de ..” “no me veo capaz de ...”. Y libres de la vanidad no le tiene miedo al fracaso, ni al ridículo. El humilde es magnánimo = hace grandes cosas	Los soberbios cuentan sólo con sus propias fuerzas, y éstas las conocen mal, o hacen planes insensatos (porque no se conocen) o hacen planes mediocres (porque solo cuentan con sus fuerzas). Los más humildes son los que realizan las obras más grandes.
El humilde sabe preguntar y pedir consejo, admite informaciones y correcciones.	El soberbio ni pregunta, ni se aconseja, ni admite correcciones, de modo que toda su vida –elección de estudios, de cónyuge, de casa, de colegio, ...- está lleno de errores y de culpas.
El humilde sabe sufrir sus propios defectos. Y en su lucha por superarlos sabe esperar. No es exigente con los demás. No se impacienta por ejemplo ... si médico se demora. No es susceptible o se indigna cuando cometen hacia él un menosprecio.	De todos estos espíritus carece el soberbio.
El humilde cuando peca reconoce su culpa, y como ama se duele de haber ofendido a Dios y al prójimo. Después del pecado experimenta la tristeza según Dios, que lleva a la conversión.	El soberbio no reconoce sus pecados, culpa de ellos a otros o a las circunstancias, y si alguna vez se siente culpable, no se duele de haber ofendido a Dios o al prójimo sino ante sí mismo, por su vanidad herida, por la frustración de sus planes o por vergüenza ante los otros. Experimenta la tristeza según el mundo ...
Los humildes se van ajustando a una vida austera. Resulto curioso observar cómo los santos son los que más conscientes han sido de la necesidad de una vida austera y ascética.	Los soberbios la consideran innecesaria y además perjudicial “no hay que exagerar”.

La humildad debe ser pedida

Supongamos que uno acepta todo esto que digo, la doctrina de la humildad. Es un primer paso pero insuficiente, pues la humildad más que una doctrina o una teoría es un espíritu. ¿Dónde podrá el hombre adquirir la humildad? ¿en el mundo? Imposible.

¿En sí mismo? Tampoco pues el hombre es soberbio desde su nacimiento.

¿Dónde? ¿ Solamente en Cristo el hombre hallará la humildad. “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”. La humildad es un don de Cristo, un don que hay que pedir y saber recibir.